

España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: Familia, municipio y sindicato

XV

1953

Este año va a ser el de las maravillas para la criada, el niño, el militar sin graduación y el rojo, porque llega la cosa de las películas con relieve, y ponen aquello de «Bwana, diablo de la selva», una castaña de órdago, y había que ponerse unas gafas para tener la sensación corpórea, y a la gente le fastidiaba el asunto. Menos mal que ya se habla del cinemascope y del cinerama, que era un invento de Hollywood para hacer películas de romanos y de la Biblia, con ruido estereofónico que daba mucha realidad, o sea, que te creías que eras Cleopatra o el Dios del Sinaí, como poco. Pero la bomba es la televisión. En los triunfales cuarenta se había cantado aquello de «la televisión pronto llegará», y resulta que



llega en 1953, y los periódicos le decían a la gente que tuviese preparadas dieciséis mil quinientas calas, que era lo que iba a costar un receptor de los modestos. El personal estaba muy contento porque no tenía la menor idea de lo que se le venía encima, los telediaros imperiales, y ahora con «Directísimo» y «La casa de la pradera» y «Un, dos, tres» hay más alienados que nunca, y eso la historia no lo perdona. Me refiero a cuando llegue la historia. En la política estábamos con el plan de los conciertos internacionales, que para eso habíamos sido el bastión matando españoles, con lo que don José María de Areizola, felizmente reinante, se va de embajador a los Estados Unidos a decirles a los mascaadores de chicle que en 1933, o sea, en la República, había escrito un artículo valeroso intitulado «El futuro de nuestro pueblo: el nacionalsindicalismo». Tanto

acertó que va a haber ahora un congreso de nacionalsindicalismo para ver si pica el obrero. Después de lo Areizola lo más importante es que se muere Stalin, que era un señor que le había copiado los bigotes a Iñigo, unos bigotes a la mejicana, más que a la rusa, y además era una víbora lúbrica, Stalin, no Iñigo, y en esto que se cargan a Beria don Laurenty, que se había pasado la vida haciendo cabronadas a los presos. Pero el «ABC», que para eso es el periódico de las clases pánfilas, al mando de su gallardo director



don Torcuato Luca de Tena, inventa una de Rocamble en la que Beria se ha tirado en paracaídas allá por la Mancha, y luego dicen que anda por Andalucía, y los gilipollas de la CIA se lo creen y vienen en manadas, y Juan Aparicio (a quien José Antonio llamaba Juan Desaparicio, porque siempre desaparecía a la hora de las tortas) cesa fulminantemente a don Torcuato por hacer de Antoñita la fantástica. Siguiendo con la cosa internacional tenemos que don Alberto Martín Artajo firma los acuerdos con los Estados Unidos, el asunto de las bases atómicas, y se echan los cimientos de la Costa Fleming, que se llamaba Corea. Sodoma y Gomorra era aquello, y se veían negros y borrachos a todas horas, y los españoles del imperio hacían de mamporreros que era una bendición. Total, que aquellos polvos trajeron estos lodos. Ya en la fiebre de firmar, Martín Artajo firma el Concordato con el prosecretario, Tardini se llamaba el hombre, y Pío XII ni enterarse de que su entonces ignoto sucesor pensaba ya, o la Providencia en su nombre, en el Vaticano II. Pero el concordato sirvió para que al encarcelar a los curas obreros se les encarcelase en cárceles concordatarias. Ante todo, respeto al Concordato, y a «La túnica sagrada» y a «Quo vadis» que íbamos a ver en Madrid en seguida. Con la venida de los americanos lo mejor que se hizo fue «Bienvenido, mister Marshall», de Berlanga. En Cannes quedaron patidifusos con aquella coña inteligente. Y también vimos «El salario del

miedo», y «Candilejas», y «Solo ante el peligro», el no va más de Gary Cooper, allí el tío con la pistola en medio del Oeste, sin que nadie le ayudase, cargándose a las víboras lúbricas y a los compañeros de viaje, pura reserva espiritual el Gary Cooper.

La gente no se atrevía aun a decir que quería libertad, porque los del bigotito a la intemperie todavía estaban en edad de matar, pero como algo había que hacer los periodistas cargaban contra el Ayuntamiento, que en Madrid estaba Mayalde, director general de Seguridad que fue cuando la epopeya nazi. La saña contra el Ayuntamiento era tanta que se veía que no era contra el Ayuntamiento. Se escribían cartas a los periódicos a barullo, que si lo del tranvia, que si lo del semáforo, pero la gente lo que quería era libertad, como ahora. Pero allí estaban los mandos del S. E. U. avizor. Y a todo esto la juventud iba a arrimar material a las Palmeras, un bailongo en Quevedo que costaba un duro, señoritas gratis, y los que podían gastarse más, bien porque fuesen hijos de especulador o enchufados, entraban en Pasapoga, donde actuaba Alfredo Alaría con su ballet. Quienes sospechaban, entre los naturales rubores, que en España había pasado algo importante alguna vez antes de 1936, se aterraban ante el fervor canibalesco de monseñor Pildain, obispo de Canarias, que babeó atrocemente so-



bre Unamuno en «Ecclesia», y lo que menos le llamó fue hereje, pidiendo a la Iglesia que lo condenase de modo formal y universal. Es el tiempo en que Pío XII reconoce «urbi et orbe» a la España eterna, que lo dijo Cicognani, el nuncio, ante Franco: «... el Santo Padre quiere apretar más y más los vínculos siempre cordiales entre S. S. y España... lo que es claro reconocimiento de la España eterna». O sea, un clamor de imperio. Y a todo esto Martín Artajo venga a firmar cosas, que aun no había desaparecido el estupor de los irreconciliables por los acuerdos con los Estados Unidos cuando don Alberto se marcha a Formosa y firma el tratado hispano-chino

como si los otros chinos no existieran, los de la C. N. T. y la F. A. I., y le echan al cuello el Gran Cordón de la Orden de las Estrellas Brillantes, que es para cargarse con la capa puesta. Y en esto que para acá se viene de visita la emperatriz Soraya, que esa sí que era una estrella, y todavía no estaba vieja y repudiada. En «Fotos» un tal Peter Hurkos, un chalao a quien tomaban en serio los imperiales,



dice «puedo jurar solemnemente que Hitler está vivo». El que estaba vivo era Oliveira Salazar, que le había dado al «pais hermano» un cuarto de siglo «de paz social y avances ininterrumpidos». O sea, los clásicos veinticinco años de paz. También este año es el de la gasolina sintética, un pufo como el del oro del Escorial. Aquí siempre estamos esperando el milagro español. Pero Oliveira Salazar, que seguramente envidiaba aquella gloria española de la química, don Vicente Maestre, lo echó a la mazmorra fría aprovechando que había ido a Portugal a estafar. En fin, un número. Pero aquí si no hubo milagro, por lo menos hubo un gato que enloqueció por el frío se lanzó contra un matrimonio, contra la criada del matrimonio y contra dos guardias que trataron de apresarlos. Hiriéndolos a todos. Un macho aquel gato, un tío. La pura contestación universitaria, que empezaba. Y mientras tanto el Príncipe Gitano, y la Dolores Vargas, y la Terremoto, y todavía la Estrellita Castro, haciendo su folklore de tablao que tanto éxito iba a tener con la explosión del turismo, y los primeros aviones de reacción por el cielo de España, que la gente se creía que eran platillos volantes, es decir, el milagro español otra vez. La esperanza de los dólares americanos lo llena todo, parece entonces que los dólares nos los van a dar por nada, por haber sido el bastión. Si a esto añadimos que la «saeta rubia», el Di Stefano, ha debutado en el Real Madrid, comprenderemos que la alienación era completa. Y con queiebro y jipios de Pepe Marchena y Juanito Valderrama se va el cincuenta y tres justo el treinta y uno de diciembre. Gracias a Dios ya eramos yanquis. ■ DON BENITO EL GARBANCERO.